

“A contrarreloj.”

Vicente Ferrer Andrade

(03/10/2014)

Contacto:

ferrer_vicente@hotmail.com

Celular: 5519197305

PERSONAJES.

Ramón 35 años.

Irene 30 años.

Ciudad de México; Época Actual.

Aparece un pequeño departamento escasamente amueblado. Hay varios papeles en el piso, en desorden o arrugados. Ramón está al centro, sin camisa, sentado en una silla. Hace anotaciones en una hoja, mientras toca una guitarra eléctrica, la cual está conectada a una bocina.

Ramón (*Canturrea*): “Chocolates Torrea. Un placer que no es para cualquiera”... No, eso está muy pinche...

Toma la hoja, la arruga y la arroja al piso. Mira su reloj de pulso.

Ramón: ¡Me lleva! Debí terminar este jingle en la tarde. (*Toma una hoja en blanco*) Si no lo entrego mañana, adiós pago... Y adiós renta, adiós comida caliente, adiós... ¡Carajo, No puede ser! ¿A quién se le ocurrió ponerle *Torrea* a un chocolate? ¿*Torrea*? (*Suspira*) A ver... Ramoncito. Respira hondo. Relájate, y ponte a trabajar. (*Toma posición de yoga*) Oooooommm. Es sólo un jingle, no pasa nada... Oooooommm... Has estado en peores situaciones que esta.

Retoma su labor. Hace algunos acordes con la guitarra. Canturrea. De pronto, se queda quieto y sonríe. Hace anotaciones en la hoja de papel. Canturrea mientras toca la guitarra.

Ramón: “Chocolates Torrea. Son un placer de primera”... Eso está mejor... Pero lo puede estar más.

Tocan levemente a la puerta. Ramón queda a la expectativa. Vuelven a tocar, ahora un poco más fuerte. Ramón se dirige a la pared y acciona un interruptor, apagando la luz.

Irene (*Desde afuera*): Vecino, ¿por qué apaga la luz? Ya vi que está adentro.

Ramón hace una mueca de disgusto. Vuelve a encender la luz. Se acerca a la puerta.

Ramón: ¿Sí, quién es?

Irene (*Desde afuera*): Vecino, buenas noches.

Ramón: Buenas noches. ¿Qué se le ofrece?

Irene (*Desde afuera*): Soy nueva en el edificio. Llegue la semana pasada. Me gustaría hablar con usted. ¿Tiene unos minutos?

Ramón (*Mirando su reloj*): Este... No me lo tome a mal, pero estoy muy ocupado. ¿Podríamos vernos otro día?

Irene (*Desde afuera*): Por favor, es muy importante. No le voy a quitar mucho tiempo. Sólo unos minutos.

Ramón: Vecina, ahora no puedo. En verdad, tengo mucho trabajo.

Irene (*Desde afuera*): Sólo unos minutos.

Ramón (*Para sí, en voz baja*): Uta madre... (*A Irene*) Está bien, déme un momento, por favor.

Irene (*Desde afuera*): Gracias.

Como puede, Ramón trata de poner en orden el departamento. Finalmente, abre la puerta. Está visiblemente sorprendido.

Ramón: Buenas... noches, vecina.

Irene (*Desde afuera*): Buenas noches.

De pronto, algo colocado en una de las paredes, llama la atención de Irene. Entra al departamento, sin ver a Ramón. Ramón sólo la observa. Irene viste

en forma muy conservadora. Lleva el pelo recogido en un chongo. Usa lentes. En las manos lleva una Biblia.

Ramón (Irónico): Pase. Está en su casa.

Irene: Gracias, qué gentil.

Ramón cierra la puerta.

Ramón: Dígame. ¿En qué le puedo servir?

Irene se voltea. Se cohíbe al ver que Ramón está sin camisa.

Irene: En verdad le agradezco su tiempo. Me llamo Irene, mucho gusto.

Ramón: Ramón, igualmente.

Irene (Buscando con la mirada): En estos días no es fácil encontrar a alguien dispuesto a escuchar. *(Encuentra una camisa, se la da a Ramón)* Tengo una labor muy complicada, ¿sabe?

Ramón: Ya... Eh... ¿Tardaremos mucho? No piense que soy grosero, pero es que estoy muy ocupado. Tengo un trabajo pendiente por entregar...

Irene: Tranquilo, no se preocupe. Seré lo más breve posible. ¿Se la puede poner?

Ramón: ¿Cómo?

Irene: ¿Qué si se puede poner la camisa, por favor?

Ramón: Ah, ya. Claro.

Visiblemente incómodo, Ramón se pone la camisa. Irene busca dónde sentarse.

Irene: Disculpe, ¿me puedo sentar?

Ramón: ¿Eh? Sí. Adelante.

Ramón quita unos papeles de un sillón. Irene se sienta. Ramón se queda de pie.

Irene: Pero siéntese usted también, por favor. Me da pena que esté de pie.

Ramón: Gracias.

Ramón se sienta en la silla. Él e Irene se observan mutuamente. Silencio.

Ramón: ¿Y que la trae por aquí, vecina?

Irene (Reacciona): Es muy simple. Debo confesarle que usted es de las pocas personas que se han portado amables conmigo. La mayoría han sido un poco... ásperos, por decirlo de alguna manera.

Ramón: ¿Y eso por qué? Digo, se ve que usted es buena gente.

Irene: Muchas gracias. Lo que pasa es que no todos están preparados para escuchar las buenas nuevas.

Ramón: ¿Las buenas nuevas?

Irene: Sí... Mi misión es transmitir la palabra de Jehová a la gente.

Ramón: ¿Jehová?

Irene: Sí... Ay, perdón. Creo que estoy yendo muy rápido, por eso no me comprende. *(Le muestra la Biblia)* **Soy creyente de la palabra de Jehová, y seguidora de Jesucristo, su hijo.**

Silencio. Ramón está visiblemente incómodo.

Ramón: Ya. Este, vecina...

Irene: Espere. Como le decía, mi tarea es que mucha gente conozca la palabra de Jehová. Él nos ama a todos, y podremos entrar a su reino celestial si creemos fielmente en sus enseñanzas...

Ramón: Vecina, yo...

Irene: Espere, espere... Tengo que confesarle que lo que hago no es una labor sencilla. Frecuentemente, tenemos que enfrentar el rechazo y la incompreensión de los demás. Los Testigos de Jehová predicamos las buenas nuevas de casa en casa, pero no siempre están dispuestos a escucharnos. A veces nos cierran la puerta en la cara, sin mayor explicación. Otros nos dicen unas cosas tan horribles, que no me atrevo a repetir. Si usted supiera...

Ramón: Vecina, suena muy bonito, pero...

Irene: Sin ir más lejos, en este edificio la mayoría de los vecinos han sido tan poco tolerantes conmigo. Me han echado de sus casas de la peor manera... *(Se le quiebra la voz)* Ayer, por ejemplo, el señor que vive en el 202 me trató muy mal. Me insultó de una forma tan fea. "Parásito"... fue lo más suave del repertorio que me dedicó... Nunca me había sentido tan ultrajada. Ya se podrá imaginar que salí hecha un mar de lágrimas de su departamento, mientras me gritaba que en mi put... *(Carraspea)* que en la vida me volviera a parar en su casa. Fue horrible, se lo juro.

Irene saca un pañuelo de su bolsa de mano. Se suena la nariz.

Ramón: Vecina, mire, lamento mucho lo que le paso, pero...

Irene: Sé que me estoy desviando del objetivo principal de nuestra plática... pero es que necesitaba desahogarme. A veces, me siento bajo mucha presión. Es una responsabilidad muy grande ser el vehículo para que la palabra de Jehová pueda llegar a más personas. Y enfrentarme a tanto rechazo en ocasiones hace que me quiebre... Pero mi fe hace que me levante del suelo con nuevos bríos.

Ramón (*Visiblemente fastidiado*): Vecina, espéreme tantito. Le tengo que decir que...

Irene: Espere. Espere. Espere... Y renace mi esperanza al encontrarme a gente buena en este edificio. Como la señora del 104, o el matrimonio del 301, o los chicos que viven en el 408... aunque hablen y se muevan tan raro. Y usted, claro está. Eso me hace creer que no todo está perdido, que aún hay esperanzas para salvar a la humanidad, que podemos llegar al reino celestial que Jehová nos prometió y...

Ramón (*Estalla*): Vecina, ¿¡ME PUEDE DEJAR HABLAR, CARAJO!?

Irene grita, asustada. Silencio.

Irene: Vecino, ¿qué le pasa? No es necesario que grite...

Ramón: ¡No me dejó otra opción! (*Se levanta de la silla*) Se ha dedicado a estar hable y hable sin parar, como una vil cotorra. ¿Y sabe qué? ¡YA ME TIENE HASTA LA MADRE!

Irene (*Escandalizada, se levanta del sillón*): ¡Oiga, no sea grosero!

Ramón: ¡Lo lamento! Generalmente, no me comporto así con una mujer, pero mi paciencia tiene un límite, ¡y usted lo acaba de rebasar!

Irene: ¡Pensé que usted era un caballero! ¡Qué decepción!

Ramón: ¡La decepción es mutua, fíjese! Ahora entiendo por qué la mayoría de los vecinos se han portado agresivos con usted. ¡Tiene la capacidad de sacar de quicio a cualquiera con su parloteo!

Irene: ¡Sólo estoy predicando la palabra de Jehová! ¡No estoy cometiendo ningún delito!

Ramón: El problema es que la gente como usted no propone... ¡impone sus ideas! ¿Sabe cómo se llama eso? FA-NA-TIS-MO.

Irene: ¡No blasfeme! *(Se dirige a la puerta, dispuesta a salir)* ¿Cómo es posible que destroce las enseñanzas de Jehová de esa manera? *(Abre la puerta)*

Ramón: ¡Pues se aguanta! Para que lo sepa, soy ateo, y todo lo que huelo a religión lo único que me produce es urticaria.

Silencio. Irene mira incrédula a Ramón. Cierra la puerta.

Irene: ¡Qué horror! ¡Usted necesita ayuda! No puede ser posible que aparte a Jehová de su corazón.

Irene intenta entregarle la Biblia a Ramón. Él toma el libro en forma brusca, y lo arroja al piso. Irene grita, horrorizada.

Ramón: Mire, vecina. Ya fue suficiente. Necesito terminar un jingle para mañana temprano. He perdido un tiempo valioso por escuchar su sarta de necedades, y no estoy dispuesto a hacerlo más *(Se dirige a la puerta, la abre)*. Así que, con la pena, le agradecería que se fuera de mi casa, ¡pero ya!

Irene: ¡Pues no me voy! Esta vez no saldré corriendo. Está en pecado, y voy a salvarlo, aunque eso me cueste que me insulte. ¡No permitiré que su alma se pierda, que se consuma en el fuego eterno! El reino celestial tiene cabida para todos, hasta para alguien como usted.

Irene recoge la Biblia del piso. Se sienta en el sillón. Ramón la mira, atónito.

Ramón: Así que no se va.

Irene: ¡No!

Ramón: ¡De verdad que es más terca que una mula!

Irene: Diga lo que quiera. ¡No me voy!

Silencio.

Ramón: Bien. ¡Muy bien! ¡Usted se lo buscó!

Ramón saca de un rincón del departamento un amplificador. Lo conecta a la guitarra. Enciende el amplificador y sube el volumen al máximo. Comienza a hacer unos acordes de rock. Irene lo mira, horrorizada.

Irene: ¡Oiga! ¿Qué hace?

Ramón: ¿No lo ve? Le voy a dar un concierto que reservo para casos extremos, y especial para las gentes necias y aferradas... como usted comprenderá. Después de escucharlo, va a desear no haber entrado a mi casa.

Ramón comienza a tocar una canción de rock pesado. Irene se tapa los oídos.

Irene: ¡Deténgase! ¡No lo haga! ¡Esa es música del Diablo! ¡No lo invoque! ¡Pare, por favor!

Ramón hace sonidos guturales, cada vez más acentuados. Saca la lengua, y abre mucho los ojos. Irene grita.

Irene: ¡No, no, no! ¡Jehová, ayúdame! ¡Este hombre está poseído por espíritus malignos! ¡SOCORRO!

Ramón arrecia el ataque. Se acerca a Irene. Ella está completamente aterrada, trata de apartarse de él.

Irene: ¡Aléjate, Satanás! ¡No me toques! ¡No lograrás hacer que caiga en la tentación! ¡ÁLEJATE!

Irene resbala del sillón y cae al piso. Como puede, se levanta, y sale corriendo despavorida del departamento. Ramón suspende el “concierto” y se acerca a la puerta. Ríe a carcajadas.

Ramón: ¿No que no te ibas, cabrona? ¿Eh? ¡A huevo que sí, como no! (*Cierra la puerta de golpe*) Si hubiera sabido que iba a ser tan fácil correrla... (*Toma un papel. Se tira en el piso*) A ver... ¿cómo iba? “Chocolates Torrea... un placer... Chocolates Torrea”. ¡Chingau, no me acuerdo!

Sin que Ramón lo note, se abre nuevamente la puerta. Irene entra cautelosa. Observa a Ramón. Comienza a golpear la puerta con la palma de la mano.

Ramón: ¡No puede ser! ¡Esta mujer es necia con ganas! ¡Se nota que no ha tenido sexo en años! (*A Irene*) ¿Qué quiere? ¡Ni sueñe que voy a abrir la puerta! ¡A mi casa no vuelve a entrar!

Irene: Después de lo grosero que se ha portado conmigo, no tenía la menor intención. Sólo que deje algo que para mí es muy valioso, y de ninguna manera voy a permitir que se quede en su casa.

Ramón: ¿Ah, sí? No me diga. ¿Y se puede saber qué es?

Ramón se levanta. Se da cuenta que Irene está dentro del departamento.

Irene: ¡Mi Biblia! La dejé olvidada en el sillón. ¡Devuélvamela!

Ramón observa el sillón. Se da cuenta que, efectivamente, la Biblia de Irene está ahí. Irene trata de recuperarla, pero Ramón le cierra el paso.

Irene: ¡Si no me la regresa, lo acusaré de robo! ¡No tiene derecho a quedarse con ella!

Ramón toma la Biblia y se la entrega a Irene.

Ramón: Ahí tiene su libro. ¡Ahora váyase y déjeme en paz de una buena vez!

Irene vuelve a sentarse en el sillón.

Irene: Muchas gracias.

Ramón: ¡Oiga! ¿Qué hace?

Irene: ¡No puedo rendirme tan fácilmente! Tengo el deber moral de sacarlo del gran error en que vive. Su corazón no puede ser tan duro.

Ramón vuelve a tomar su guitarra, con la intención de reanudar su “concierto”.

Ramón: Por lo visto, usted no entiende, ¿verdad? Se quedó con ganas de más música.

Ramón empieza a tocar algunos acordes. Irene trata de detenerlo con un gesto.

Irene: ¡Pare, pare, pare! No es necesario que use la rudeza... Es verdaderamente triste. ¡Usted es peor que el vecino del 202! A pesar de todo... voy a rezar mucho para que Jehová ilumine su corazón. Le hace mucha falta.

Ramón deja de tocar. Silencio. Deja su guitarra a un lado.

Ramón: Vecina, por favor. Tengo mucho trabajo. No es personal...

Intenta tomar a Irene del brazo, pero ella se aparta.

Irene (Digna): Yo me voy. No se preocupe... Voy a rezar mucho por usted.

Ramón: Está bien. Gracias.

Irene: Le hace mucha falta.

Ramón: Sí. Gracias.

Irene se va, visiblemente consternada, y a punto de llorar. Ramón cierra la puerta. Suspira.

Ramón: ¡Qué bruto! Esa mujer está loca. ¡Con razón nadie la aguanta en el edificio!

Ramón vuelve a conectar la guitarra eléctrica a la bocina. Se sienta, y retoma su labor. Hace anotaciones en la hoja. Canturrea.

Ramón: “Chocolates Torrea. Son un placer celestial...” ¡No mames, Ramón! ¿Qué te pasa? Lo dicho, esa vieja loca nada más vino a romperme la concentración. “Placer celestial”... ¡Qué fumada es esa!

Ramón está a punto de romper la hoja. Se queda pensativo.

Ramón: Un momento... Creo que después de todo no está nada mal, ¿eh?... Sí... Tomando en cuenta lo mochos que son los dueños de la fábrica de chocolates, este jingle les viene como anillo al dedo. ¡Yuju, ya está! ¡Eres grande, Ramoncito!

Ramón saca una computadora, y un dispositivo MIDI. Los conecta entre sí, y a la toma de corriente.

Ramón: Listo. Ya sólo tengo que grabar todo en la compu, lo edito, y lo entrego mañana temprano en el USB. Y después... ¡a gozar el chequecito que me van a dar! Quien quita, y a lo mejor me dan un bono...

De pronto, se escucha un fuerte chisporroteo. Se va la luz. Ramón queda en penumbras.

Ramón: ¿Qué...? No. ¡No, no, no! ¡No puede ser, cortaron la luz! ¿Por qué? ¡Sí pagué el recibo! ¿Y ahora? ¡No me puede pasar esto ahorita, que me llegó la inspiración! ¡Carajo!

Se escuchan unos leves toquidos en la puerta.

Irene (Desde afuera): Vecino...

Ramón: ¿Y AHORA QUÉ QUIERE?

Irene (*Desde afuera*): Vecino, perdone. Sé que no me he portado bien con usted... y usted tampoco conmigo, ¿eh?, pero... es que me da mucho miedo la oscuridad. Se fue la luz en toda la colonia, y lo más probable es que no regrese hasta mañana.

Ramón: ¿¡QUÉ!?

Irene (*Desde afuera*): Parece que estalló un transformador cerca de aquí. ¿No tendrá una vela que me preste para ponerla en mi casa? Le prometo que mañana se la devuelvo, y no lo molesto más...

Ramón hace un berrinche. Rompe las hojas de papel que tiene a su alcance.

Irene (*Desde afuera*): ¡Vecino! ¡Vecino! Tranquilo, no se enoje. Sólo es una vela. ¡Cálmese, no es para tanto!

Finalmente, Ramón se dirige a la puerta. La abre.

Ramón (*Tratando de calmarse*): No tengo velas.

Irene (*Desde afuera*): Está bien, no se enoje... Por favor... ¿me puede dejar pasar un momento? De verdad, me da mucho miedo la oscuridad... y estar sola. Sólo un rato. Le prometo no molestar.

Ramón (*Suspira*): Está bien. Pase. Ya qué.

Irene entra. Se sienta en la silla.

Irene: Mire. Aquí me quedo, calladita. Ya no voy a hablar de religión, ni de nada más.

Ramón cierra la puerta. Se coloca a un lado de Irene, visiblemente agobiado.

Irene: Gracias.

Ramón hace una mueca a modo de sonrisa. Acaricia el pelo de Irene, como si se tratara de una mascota. De pronto, Ramón la mira fijamente. Deshace el chongo, quedando el pelo de Irene suelto. Después, le quita los anteojos.

Irene está desconcertada, sin saber qué hacer. Ramón se coloca detrás de ella. Comienza a acariciarla. Las caricias van subiendo de intensidad. Irene reacciona. Se arremanga el vestido.

Irene (*Desfallecida*): Vecino... Creo que es un buen momento para que escuche la palabra de Jehová... Le hace falta...

Ramón: Shhhh...

Ramón toma a Irene de la mano. Lentamente, la va jalando hacia él. Ambos llegan a la puerta de la recámara. Ramón abre la puerta, y hace que Irene entre junto con él. La puerta se cierra tras de ellos.

Oscuro final.